

Yanakuna: la novela de la prometeica Wayra
Jesús Lara, La Paz: Biblioteca del Bicentenario
de Bolivia, 2023.

Ivan Barba

Biblioteca del Bicentenario de Bolivia

Tradicionalmente se ha sostenido que la obra de Jesús Lara (Cochabamba, 1898-1980) se circunscribe en el llamado indigenismo latinoamericano, movimiento literario derivado del realismo y del naturalismo europeos de finales del siglo XIX. Si se trata de narrar lo más sórdido de la realidad, era natural que en Latinoamérica esta corriente se centrara en la situación del indio: el elemento constitutivo de las repúblicas latinoamericanas sometido al arbitrio ya no de españoles, sino –en el contexto previo a la revolución del 52– de criollos y mestizos y, en específico, de autoridades políticas (corregidores, jueces) y religiosas (curas).

Por el hecho de concentrarse en las vidas de los indios, las narrativas indigenistas plantean una denuncia social, dado que al mostrar las condiciones en las que viven evidencian las injusticias perpetradas contra ellos: no se les reconoce como iguales en términos de ciudadanía, se los explota como mano de obra semiesclava y se los expolia, ya que se les exige entregar, por ejemplo, dádivas a la Iglesia para mostrar su devoción.

Todo esto, en efecto, configura el escenario en el que se desenvuelve la trama de *Yanakuna* (1952) y determina la historia de su personaje principal: Wayra, quien es entregada como criada-esclava a una familia adinerada de provincia en Cochabamba a cambio de una deuda adquirida por su madre para pagar el funeral del esposo. Sin embargo, puesto que de literatura se trata, en esta historia subyace una problemática de fondo: ¿por qué los indios –conscientes de su superioridad tanto numérica como física frente sus opresores– respetan un orden de cosas que les es definitivamente adverso?

Wayra, densidad psicológica y papel en la pugnas social y sagrada

Es como parte de esa respuesta que Wayra adquiere relevancia como protagonista en *dos pugnas* desarrolladas de modo paralelo en la narración: *la social* (entre oprimidos y opresores), y *la sagrada* (entre entidades divinas locales y foráneas). El segundo ámbito en pugna –el sagrado– se halla definido a partir de la estrategia de nominación de los personajes, y porque en los momen-

tos cruciales de la novela se despliega una causalidad sagrada como telón de fondo de las acciones, perceptible en el tinte ritual que el lenguaje adquiere durante esos momentos.

En lo referido a la pugna social de la cual Wayra forma parte, debido a su carácter indómito, una de las genialidades de Lara consiste en haber imaginado un contexto que puede explicar perfectamente esta rebeldía: antes de la muerte de su padre, ella era hija del campesino “más rico” de la región, lo cual le proporcionaba una posición de relativo privilegio, así como era, entre los niños pastores, la que decidía qué se jugaba y cómo. Por ende, cuando esta posición se pierde, resulta verosímil que la niña se rebele contra los agentes de la nueva realidad opresora.

En lo concerniente a la pugna sagrada, cabe precisar que Wayra, en sus tiempos de pastora, mantenía una relación especial con la *wak'a* de la montaña, así como luego lo hace con la Luna (otra deidad precolombina) durante sus fugas, y posteriormente adquiere, tras su experiencia en la ciudad (donde, cual sacerdotisa, baña de cuerpo entero en a su futuro esposo), cualidades curativas, dado que –prometeicamente– ha hurtado a los *wiraquchas* medicinas para llevarlas a los indios de la sierra.

Sin embargo, en términos simbólicos, es su habilidad de extraordinaria chichera la que más la acerca al ámbito sagrado (puesto que, en tiempos incaicos, la chicha desempeñaba un papel fundamental para entrar en contacto con lo divino), y es en ese sentido que su intento de preparar chicha expresamente para los indios de la sierra representa el momento culminante de la novela, dado que estos tienen prohibido tomar chicha, la cual se reserva solo a los *wiraquchas*. Darles de beber chicha representaría, pues, devolverles el contacto directo con lo sagrado, contacto que en la novela lo detentan los curas, pero para expoliar sin piedad a los indios.

Los tres Isidros y la esperanza de romper el círculo de odio-rechazo-abandono de lo propio

No obstante, en este enfrentamiento velado entre entidades sagradas, los opresores también cuentan con poderosos representantes, que tienen casi asegurada la devoción de lo indios, puesto que una de las tragedias de la novela es que estos últimos se van olvidando de lo sagrado propio, como si la narración resaltara –a través de este olvido, que acarrea siempre consecuencias funestas– el error catastrófico en el que se incurre al delegar a otros el contacto directo con lo sagrado, dado que en este ámbito también se determinan los relegamientos sociales. Por ende, incluso a la hora de cobrar venganza, preferir hacerlo en una lógica que en otra genera consecuencias opuestas.

Una de las sinonimias más llamativas se presenta al final de la narración, cuando el patrón ñu Isicu (niño Isidro, de igual nombre que el patrono de la hacienda: san Isidro) engendra por la fuerza un hijo en Wayra, denominado Isicu. Una de constantes de la novela es el engendramiento de hijos no deseados, su rechazo y el consiguiente abandono, y luego la repetición de este hecho por el abandonado. De ese modo, se representa el rechazo de la madre india, puesto que los hijos abandonados repiten el círculo vicioso; pero en el caso del pequeño Isicu se dice: “*Dueño de otro mundo*, raíz hecha de dolor y de esperanza, el niño arrancaba la savia de su futuro del atormentado seno de su madre”, en consonancia –mediante la posibilidad de cambio– con el único relato en la novela que representa una excepción: el cuento indio del hijo del Jukumari: niño-héroe que toma el bando de la madre y se enfrenta al padre, quebrando así el círculo vicioso.

En la segunda edición de *Yanakuna* (1958), Lara extiende el final y añade, precisamente, una referencia a el pequeño Isicu como posibilidad de generar ese cambio virtuoso.